

al grande hombre; al héroe, cuya maravillosa historia vamos á ver juntos; ha resistido por completo al sistema de escrupulosa investigacion que domina en los estudios actuales.

Este sistema tan fatal á algunas grandezas usurpadas, no podía perjudicar á la de Cristóbal Colon; por medio de procedimientos inversos á los usados por la leyenda, la ha consagrado, por decirlo así, matemáticamente. Más que nunca y por siempre jamás la vida de Cristóbal Colon y el descubrimiento del nuevo mundo forman una sola y misma materia, por cuya razon hago aquí de ellos el objeto de una misma narracion y los términos de un mismo título.

CAPÍTULO I.

Un escritor frances, quizás demasiado frances, Mr. Rochefort Labouisse, se ha esforzado por asentar que la familia de Cristóbal Colon era de origen frances. Semejante aserto es demasiado patriótico para que yo quiera contradecirlo, ni ocultaré siquiera que me ha parecido á lo ménos muy especioso; pero me veo obligado á confesar al propio tiempo que ningun escritor de alguna autoridad lo ha juzgado tal todavía.

Sea de esto lo que fuere, la familia de nuestro héroe estaba establecida desde mucho tiempo en el Estado de Génova, cuando, de Domingo Colon, fabricante de tejidos de lana, y de Susana Fontanarossa, su mujer, nació nuestro Cristóbal Colon. Fué el mayor de tres hermanos, Bartolomé y Diego, que veremos figurar los dos con esplendor en su historia, y Pelegrin que murió jóven aun, ejerciendo el oficio de su padre. Colon tuvo tambien una hermana de la que no sabemos más sino que se casó con un salchichero llamado Santiago Baravello.

La fecha y hasta el lugar del nacimiento de Colon han dado materia para largas y sabias discusiones; fácilmente se comprende, tocante al primero de estos dos puntos, pero se explica ménos satisfactoriamente respecto del segundo, en presencia del testamento de Colon, monumento tan auténtico como sublime, y en el cual se declara formalmente, y haciendo hincapié en las palabras, nacido en Génova, de padres genoveses.

Á despecho de tan terminante declaracion, muchas ciudades y poblaciones, ya del Montferrato y Plasentino, ya de las costas de Génova, se disputan todavía hoy la honra de ser la cuna de Colon. El pueblo marítimo de Gogoletto ó Cogoreto, á corta distancia de Génova, muestra con orgullo la choza donde habria nacido, segun la version más popular de todas, y, en una palabra, la ménos apartada de la verdad, acabando los mejores autores por donde debieran haber comenzado: me refiero á ponerse de acuerdo con el mismo Colon para hacerle nacer en la ciudad de Génova, hácia el año 1436.

En esta época, la situación de la familia de Colon no era ni tan humilde, ni tampoco tan enteramente pobre como pudiera inferirse de algunos de los pormenores que anteceden. Si bien decaída por falta de fortuna, formaba parte de la nobleza, como responden de ello varios testimonios. Por otra parte, no se sabe que en la mayor parte de las repúblicas italianas, repúblicas comerciales y guerreras al mismo tiempo, ninguna profesion artística, industrial ó hasta manual, incurriera en el más mínimo desprestigio, con tal que se ejerciera honrada ó hábilmente. Lo mismo que en Florencia, podía un noble sin degenerar, ser fabricante de sedas, así también en Génova, un fabricante de paños (*textor pannorum*) podía, sin asombrar á nadie, tomar un blason por seña de su tienda.

Finalmente, y digámoslo de una vez, si entramos en estos detalles, débese á que Cristóbal Colon no dejó de concederles alguna importancia, hasta en una época de su vida en que su más ó ménos nobleza no podía añadir ni quitar nada á su popularidad ó á su fortuna. Aludiendo á Colon el mozo, considerado por uno de sus parientes, escribía al ama del Infante don Juan: «Llámeseme como se quiera, no soy yo el primer almirante de mi familia; David, ese rey tan sabio, fué pastor y despues rey de Jerusalem. Yo sirvo al mismo Dios que ensalzó á David.»

Más adelante, Fernando será algo ménos afirmativo en la vida que escribirá de su ilustre padre: le bastará que este haya sido el primer almirante del mundo, y confesando que su parentesco con el Mozo no está auténticamente demostrado, añadirá: «Creo que es más glorioso para mi descender del Almirante (Cristóbal Colon) que escudriñar si el padre de este era tendero.»

Sea de esto lo que fuere, este último era propietario en Génova de dos casas cuyo emplazamiento se conoce, y en una de las cuales puede creerse fundadamente que nació Cristóbal Colon; poseía también una pequeña hacienda patrimonial en el valle de Nura, y algunas piezas de tierra en los alrededores de Quinto.

De este modo se encontró en estado de hacer dar á sus hijos una primera educacion; sin la cual no hubiera el mayor podido siquiera concebir la idea de su inmortal empresa, y que permitió á los otros dos concurrir útilmente á la misma como pronto lo veremos.

Apresurémonos á decir, para satisfaccion de nuestros lectores, que este buen padre vivió lo bastante para gozar de un resultado mil veces más glorioso sin duda que no había podido esperarlo de sus cuidados, pero parte del cual sería injusto negarle á su ilustrada y hasta quizás inspirada ternura.

Sin embargo no vaya á creerse que la instruccion que recibió el jóven Colon excediera mucho de los primeros elementos de las letras y de las ciencias; pero por la variedad de objetos que abarcó, permitía manifestarse á toda vocacion, y particularmente á la que temprano se reveló en él. En su ciudad natal se le enseñó

pues con la lectura, la escritura y la aritmética, los primeros principios del dibujo y de la pintura, que debía aplicar útilmente, más tarde, haciendo mapas. En la Universidad de Pavía, á donde le enviaron á la edad de nueve años, aprendió la lengua latina,—una de las dos claves de los demás estudios,—la *filosofía natural*, es decir la física de Aristóteles, y, bajo el título de astrología, la geodesia, y todo lo que entónces se sabía de astronomía, reunido á las ciencias químicas de los pronósticos, de la astrología judiciaria y de la cábala.

La geometría pertenecía también á ese mismo orden de estudios que evidentemente no pudo hacer más que desflorar; pero no parece que Colon diera á esta parte tan importante de las ciencias matemáticas toda la aplicacion que merecía. La imaginacion, que fué siempre la más poderosa y la más activa de sus facultades, se juntó sin duda en él, como en la mayor parte de sus compatriotas, á un sentido práctico muy desarrollado, pero es natural creer que le dominó sensiblemente en su adolescencia. Vemos la prueba de esto en sus estudios escolares demasiado pronto abandonados por la aventurera vida del marino.

Esta noble profesion es una de aquellas cuya vocacion se declara lo más espontánea é imperiosamente. Se la ve manifestarse en medio de las circunstancias y en las épocas más á propósito para reprimirla. Con mucho mayor motivo debía, por decirlo así, estallar en un adolescente nacido y criado en un puerto de mar tan pintoresco, tan importante como era el de Génova, á mediados del siglo décimo quinto.

De todas las ciudades marítimas tan numerosas en Italia, es quizás aun ahora Génova, vista del mar, la que deja á los sentidos del viajero la más viva y duradera impresion. Edificada en forma de anfiteatro en el fondo de uno de los golfos más hermosos del mundo, almenada con montañas de puras líneas, de tintes suaves, cercada por un cielo y un mar de mágico azul, ofrece á la vista una de aquellas raras imágenes que nada puede ya borrar. Quien la haya visto una vez la verá siempre saliendo de entre un bosque de mástiles, y levantando por pisos sus casas pintadas, sus jardines colgantes, con fuentes que manan, sus esbeltas catedrales, sus fantásticos campanarios, sus palacios de mármol con sus azoteas adornadas de estatuas y jarros llenos de flores.

Parte de estas maravillas de un arte más decorativo que sincero, no existía aun en la época de la infancia de Colon, entre otras los jardines y los palacios. Estos, á lo ménos, tenían un carácter más guerrero y ménos fastuoso que ahora, pero la situación de la ciudad, una ciudad toda de mármol, la magnificencia de sus iglesias, las riquezas, la gloria que debía á sus expediciones marítimas, ya guerreras, ya comerciales, y finalmente el carácter y las costumbres de sus habitantes, habían hecho ya de ella Génova *la Soberbia*.

Orgullosa por el activo papel que había representado en todas las cruzadas;

émula de Venecia, que no había podido vencer por sus armas, pero á la que disputaba con más fortuna el comercio de las Indias, había aplastado desde mucho tiempo á Pisa su rival, y el jóven Colon, ántes de ir á Pisa, había debido pasar muchas veces debajo de las puertas de aquel banco de San Jorge, donde están todavía colgadas las cadenas del puerto de Pisa, rotas por una escuadra genovesa. En el mismo edificio, y siendo aún muy niño, había podido admirar al grifo genoves, teniendo bajo su garra el águila imperial de Federico y el zorro pisanó, y debajo de ese grupo emblemático, deletrear la siguiente inscripcion, que no había recibido aún el brillante mentis que le preparaba la Francia:

*Griphus ut has angit
Sic hostes Genua frangit.*

No obstante, se acercaba ya el día en que abusando esta misma república de Génova de una libertad que tantas veces había conquistado, perdido y vuelto á conquistar, iba á convertirse en un feudo del rey de Francia, en manos del traidor Ludovico el Moro. Pero las divisiones y agitaciones estériles que un día debían hacerla incrédula ó indiferente al ofrecimiento de un mundo que Cristóbal Colon le hizo, no habían podido notarse aún en la infancia de éste en lo que tenían de funesto. Quizas hasta ganaban, en un espíritu aventurero, por su contraste con la calma de una ciudad universitaria, librada ya por la servidumbre de las turbulencias de la política.

Pero lo que sobre todo debía haber producido impresion en un niño nacido y criado en la ciudad de Génova, era la actividad de aquella vida enteramente marítima que estaba llamada á trasladar de su país natal á una patria adoptiva; era el esplendor dado por victorias navales y expediciones de comercio (entonces no iba el uno sin el otro) á nombres como los de los Doria, de los Fieschi, de los Balbi, de los Brignole, Grimaldi, Durazzo, etc.

Ademas, á consecuencia de las proezas de mar que recordaban estos nombres que jamas perecerán, se referían ya en la Dársena y en el Muelle Viejo los atrevidos golpes de mano, las estratagemas, las sabias maniobras de cierto Francisco Colon, capitán de las escuadras navales del rey Luis XI, y apellidado el Archipirata. Otro Colon, distinguido del primero por el sobrenombre de Mozo, hacía también hablar de él como de un bravo almirante. Mandaba una escuadrilla armada á sus costas, y, bajo pabellon genoves, pero á su riesgo y costa, iba en corso, hasta más allá de Gibraltar, ya contra los berberiscos, ya contra los venecianos rivales de Génova en el comercio. Estas expediciones tenían fama de haberle hecho adquirir grandes riquezas.

Semejantes recuerdos y ejemplos, avivados continuamente en el ánimo de Colon

por su correspondencia con los suyos, debían resaltar como espectros de luz en las tradiciones, las tranquilas y estudiosas costumbres de una ciudad tan poco marítima como Pavia, y no dudamos que causarían largas y frecuentes distracciones en el jóven estudiante. Por esto, apenas hubo aprendido los elementos de la astronomía náutica, ardió en deseos de experimentar en cierto modo á lo vivo, después de obtenido el consentimiento de su padre.

Al efecto regresó á Génova, donde, por espacio de algunos meses, compartió con Bartolomé, su hermano, los humildes quehaceres de Domingo, cuya situación no había mejorado. Quizas encontró entonces alguna oposición á proyectos que igualmente alimentaba Bartolomé; pero al fin, así para el uno como para el otro, la vocación prevaleció contra la ternura y las aprensiones paternales.

Es creíble además, á pesar de la falta de pruebas formales sobre el particular, que la fama de los navegantes del nombre de Colon, de que ántes hemos hablado, quizás también el paso de uno de ellos en Génova, apresuró, justificándolos, la resolución de los hijos y el consentimiento del padre. Á lo ménos lo que hay aquí cierto es que, embarcado Cristóbal desde la edad de catorce años, hizo sus primeras carreras á las órdenes del mayor de los dos Colones, y no es esto una presunción débil á favor de un parentesco que los descendientes del Archipirata y de su sobrino debían algún día reivindicar con tanta energía y buen éxito.

De todos modos, cuando el ilustre almirante acogió al jóven Cristóbal no recelaba ni por pienso que un día debería á esta recluta la honra de que le conociéramos.

¿Qué campañas hicieron juntos? No lo sabemos con precisión, como tampoco muchas otras particularidades de la vida de Colon. Sobre todo faltan las fechas en lo que se sabe de sus correrías en el Mediterráneo, pero se sabe que en una de ellas, recibió una herida tan grave que en su vejez se resentía aún de ella, y á la misma alude en algunas palabras de una carta fechada del 7 de julio de 1503.

Sabemos también por el mismo Cristóbal Colon que mandó galeras genovesas, cerca de la isla de Chipre, en una guerra contra Venecia.

Habla también de un viaje á Chio, en términos que dan una elevada idea de su talento de observación, como, en otra relación, se manifiesta igual aspecto de su carácter que le convierte ya en un Ulises cristiano.

Sucedió esto con motivo de una expedición á Túnez para el servicio del rey René d'Anjou, cuando los genoveses, hacia el año 1460, intentaron conquistar á Nápoles contra la casa de Aragón, en provecho de Juan de Calabria, aliado de su república: «Sucedíome, escribe Colon, que me envió á Túnez el rey René, que Dios llamó á sí, para capturar la galera *la Fernandina*; pero cuando llegué á la altura de la isla de San Pedro en Cerdeña, supe que con la galera había dos buques y una carraca, lo que turbó de tal manera el ánimo de mi tripulación que se